

LAS FIESTAS DE QUINTOS EN EL ARENAL

PEDRO JOSÉ CASTELLANOS ALAVEDRA

A Paulino, quinto del 91. A los quintos del 90, del 92 y del 97 que me acogieron calurosamente en las suyas. Y gracias a Fernando y Ana y a Carmen y Felipe por su apoyo «logístico».

Desde 1989 ejercí dos años alternos la docencia en los institutos de Arenas de San Pedro, y tuve ocasión de ver cómo en El Arenal, algunos de los que eran nuestros poco participativos e implicados alumnos, se convertían en eficaces organizadores y protagonistas activos de las fiestas de su quinta, parte muy significativa de la vida festiva y social de su pueblo. En 1990, 91 y 92, fui espectador y participante en algunas de ellas, y realicé algunas observaciones. Entre febrero y octubre de 1997, en diversas charlas y entrevistas de campo, muchas personas me han ido aportando datos. No citaré a todas, pero sí al menos a Aquilino Crespo, nacido en 1909 y quinto en el 30 sobre aspectos referidos a los tiempos más remotos, Eugenio Salgado Serrano «el guitarrero», nacido en 1926 y quinto en el 45, Aquilino Crespo hijo y su mujer Andrea Jiménez Chinarro sobre los años posteriores a la guerra. Y a Miguel Ángel Troitiño Vinuesa en una doble faceta de quinto arenalo de los 60 y profesional de las Ciencias Sociales que me ha aportado valiosas orientaciones.

El Arenal está a media ladera de la falda sur de la Sierra de Gredos, a 9 km de Arenas de San Pedro. Su término es eminentemente montañoso, entre 700 y 2.200 metros de altitud, con clima mediterráneo interior favorecido por la abundancia de lluvias de origen orográfico. La economía se basaba en una agricultura de montaña, relativamente próspera por la bonanza del clima y la abundancia de agua que permitían el regadío, junto con una ganadería, especialmente caprina, en zonas altas. Buscando el autoabastecimiento, las pequeñas parcelas abancladas se dispersaban por las laderas para cubrir distintos ámbitos y obtener diversos productos complementarios. Así se ocupó todo el espacio disponible hasta que a principios del xx se llegó a sus máxi-

mas posibilidades de crecimiento (Troitiño, 1976).

LAS FIESTAS DE QUINTOS HASTA LOS AÑOS CINCUENTA

Forman parte del ciclo festivo anual, que se repite cada año, y del ciclo vital, por el que individuos varones, exclusivamente, pasan una sola vez en la vida. El período de quinto se desarrollaba al llegar a la edad militar y sorrear, según las legislaciones diversas, en torno a los 19 o 20 años.

En carnaval se desarrolla el núcleo más importante de las fiestas. Antes habían cogido un pino, regalado por el ayuntamiento, junto con trastos, madera de derribo y otra leña, incluso quitando de noche la que los vecinos no hubieran guardado. Se apiaba en la plaza del pueblo para alimentar una enorme fogata.

La tarde anterior al *Domingo Gordo* comenzaban las fiestas con la ronda de quintos. Estrenando su primer traje, se juntaban en la plaza con familiares varones y otros hombres que quisieran, y recorrían el pueblo cantando y parando en casa de los quintos y las tabernas, donde se bebía, entonces casi exclusivamente vino, a cuenta de padres y parientes (1).

Por la noche, tras prender la enorme hoguera, celebraban una cena de cabrito, organizada y servida sólo por los hombres, en que los asistentes contribuían en una colecta para compensar los gastos. La mañana del domingo, bien vestidos de nuevo, eran *talleados* en el ayuntamiento.

El Lunes de Carnaval tenían lugar las *carreras de gallos*. Eminentemente masculinas, las organizaba cualquier cuadrilla de amigos, pero la más solemne era la de los quintos, que al correrlos por primera vez iniciaban los actos de su vida adulta; por ello tenía elementos rituales que otras no tenían por qué observar.

En tiempos, se corrieron en la plaza, enterrados hasta el cuello. El quinto, vendados los ojos y tras darle vueltas para despistarlos, con una hoz—espada según otras versiones—trataba de cortarle la cabeza mientras un personaje,

vestido de forma especial, hacía sonar un tambor dirigiéndolo o despistándolo. Nada más me han concretado sobre aquel ritual pues cambió, y quien lo han conocido fue de niño, como espectador.

Desde los años 20 se corren con caballeras. Padres, tíos o abuelos procuraban, según sus posibilidades, una buena montura, propia, o prestada, prefiriendo caballo a mula y ésta a burro, y la engalanaban con los mejores jaeces y una manta de lujo que se tenía para ocasiones especiales. Algunas mujeres trataban que su hijo, sobrino o nieto llevase el gallo más hermoso y lo criaban especialmente o lo adquirían bien criado.

Al mediodía los quintos se congregaban en la plaza con sus monturas y gallos, e iban a correrlos. El lugar varió con el tiempo, pero debía ser una calle importante, con espacio para los espectadores. Entre dos árboles, u otra sujeción, tendían una cuerda de la que se colgaban uno a uno los gallos, atadas las patas y emborrachados. Los quintos, a galope tendido por debajo, trataban de agarrar la cabeza y arrancársela, mientras que desde el extremo alguien tensaba o aflojaba la cuerda para facilitar o dificultarlo. A veces el que lograba arrancarla la lanzaba al grupo de espectadores, especialmente a las mozas y quizá a alguna concreta. Se corrían así todos, pero si los había de muchos quintos, por no alargarlos corrían parte, y los demás se mataban directamente.

Esa noche se reunían con parientes y amigos varones y comían juntos los gallos en una cena ahora organizada y servida por los quintos, en la que ofrecían, junto al guiso, vino, licores y tabaco a cargo de su fondo. Y los que participaban, de nuevo contribuían en otra colecta final.

El Martes de Carnaval, día en que se celebró en tiempos la mascarada carnavalesca de los *hormachos*, se juntaban solos para cenar morcilla blanca que cada uno traía de su casa. El Miércoles de Carnaval, otro día importante, sacaban *La Vaquilla*. Era una estructura que me describen con «forma de escalera», sostenida por debajo por uno o dos quintos, con un

par de cuernos en los extremos de los palos laterales, cubierto y con un cencerro colgado que avisaba de su presencia. Los demás la acompañaban con la cara tiznada o pintada, pidiendo por las calles chorizos que colgaban en la *lata*, palo llevado por dos a hombros, y huevos que recogían en cestas. Iban provocando la hilaridad y gastaban bromas, algunas de mal gusto, al vecindario y en especial a los niños; a veces derivaban en auténticas batallas de huevos no bien recibidas por todos.

Con lo recogido organizaban una nueva cena a la que ya asisten mujeres. Según alguno de los informantes de más edad, esta costumbre de la cena de los chorizos y huevos de los quintos se institucionalizó por los años 20. Antes la cuestión no debía ser exclusiva de los quintos; otro informante recuerda haberla hecho siendo niño en esos años.

Las actividades de los quintos continuaban la noche de San Juan con la *Enramada*. Los mozos, especialmente si tenían novias o *cortejaban*, salían de ronda por las calles, cantando una versión arenala del conocido *Trébole* (2), adornando puertas o balcones de las chicas con ramas, flores o frutas y escribiendo piropos en las paredes. No era exclusiva de los quintos, aunque sí la hacían de una manera más formal y finalmente también se institucionalizó en torno a ellos. Era ocasión de que se volvieran a reunir, quizá cenar solos, y hacer la ronda juntos. Y también escribían vivas a su quinta, motes o bromas, a veces gamberreaban y quitaban o trastocaban cosas.

En la semana de fiestas patronales del Cristo de la Expiración, que comienza el segundo domingo de octubre, costeaban una jornada, contratando la música de esa noche.

Sorteaban en noviembre, y antiguamente se creyó que cogiendo un hueso del cementerio se libraban de ir a África, aunque mis informantes ya lo consideraban como algo antiguo y supersticioso. Al poco se celebraba una despedida, pues casi todos se iban en poco lapso de tiempo, con una ronda y una cena en familia; parientes o amigos acudían a despedirlos y les daban vituallas o dinero para sus gastos. Así se cerraba el ciclo de ese año y pronto comenzaban los siguientes quintos. Un último encuentro se podía producir



La *Vaquilla*. Martes de Carnaval, 1997.

a la vuelta, para celebrar un regreso sin percances.

INTERPRETACIÓN

Estos son ritos de iniciación que fijan el final la adolescencia y el comienzo del papel en la sociedad como individuo adulto. Se celebrarían en nuestro entorno desde tiempos ancestrales, aunque faltan fuentes históricas que nos den referencia clara de ellas antes del XIX. La implantación, entonces, del servicio militar obligatorio, afectó justamente a los jóvenes en tránsito, y se encajaría la categoría de quinto en complejos iniciáticos preexistentes.

Los elementos rituales descritos no son exclusivos de aquí, sino que en otros lugares (Vadillo, 1997, cap. V) también los vemos, quizá con otro orden; formaban parte de un amplio repertorio común en las sociedades tradicionales. Cumplen varias funciones.

La primera, remarcar el inicio de la mayoría de edad. Las travesuras (o gamberradas) de los quintos, relacionadas con los excesos del carnaval y aguantadas con estoica permisividad, representarían el final de la inconsciencia juvenil, después no tolerada. Pero otras actitudes son adultas: estrenan

traje, gasto grande que no se hacía hasta culminar el crecimiento, beben y fuman abiertamente, son convidados y devuelven la invitación, organizan y pagan fiestas. Se colocan, en definitiva, en plano de igualdad con los mayores. Poco después de la vuelta de su servicio, muchos comenzaban realmente su vida independiente y la formación de nuevas familias.

Tienen también una función socializadora, marcando su posición en el grupo. Muestran la capacidad económica, en la posibilidad de disponer de buenos trajes, montura y jaeces, y sus aptitudes personales como la capacidad organizativa dentro de su quinta, e incluso su habilidad física de jinete. Y se crean o refuerzan vínculos tanto entre quintos como entre familias.

Una tercera función es el refuerzo de su rol masculino tras la infancia, en actos en que participan sólo con los hombres, mientras la mujer juega un papel marginal como corresponde a la menor representación social que tenían asignada.

Correr los gallos es el rito más importante. Con muchas variantes, en general es una celebración masculina, propia de adultos o individuos en tránsito para serlo, y vinculada al carnaval, aunque en casos no se cumplen estas premisas. Implica siempre la muerte y comida común del gallo al que se mata de diferentes formas: unas veces enterrado y decapitado o apaleado, otras colgado de un muro o poste y lapidado. La forma más espectacular y extendida es colgado de una cuerda y decapitado con arma blanca o las manos por jinetes que corren debajo (Temprano Peñín, 1996).

Su difusión fue amplísima por toda la península, descrito en el XIX incluso en Madrid (Caro Baroja, 1992, 1, cap. IV), y documentado en tiempos recientes en numerosísimos pueblos castellanos y leoneses (Temprano Peñín, 1996). En de la comarca nos consta al menos en El Raso, Candelada, Fresnedilla (Padilla, 1984, pág. 34) y Poyales del Hoyo (Vadillo, 1997, pags. 54-56) a caballo, Arenas de San Pedro, donde se lapidaban colgados de los muros del castillo, o Piedralaves en que pervive convertida en carrera de cintas.

Para buscar su significado original quizá haya que remontarse a un pasado ancestral, a un mundo ideoló-



Uno de los últimos años que se corrieron los gallos.

gigo ya muy lejano. El gallo es un símbolo polivalente; por su permanente capacidad de apareamiento, de fertilidad y procreación. La sangre también tenía un fuerte contenido simbólico como portadora de fuerzas mágicas y en rituales antiguos se vertía sobre el suelo o los presentes (Biederman, 1993, y Becker, 1996). Así, la del gallo, que en una variante incluso está semienterrado, fertiliza ritualmente la tierra. De ahí su relación con el carnaval que, según interpretaciones, tendría su origen en antiguos ritos agrarios de regeneración de la fertilidad de la naturaleza. Colgado, derrama su sangre, además, sobre el propio oficiante, trasmitiéndole esa capacidad fecundadora; y en el acto tan extendido (Temprano Peñín, 1996, 1, pág. 57) de arrojar la cabeza sangrante sobre alguna moza, especialmente a la que se pretende, tendría contenido sexual, una proyección la capacidad fecundadora masculina sobre ella.

Y es que también es símbolo de masculinidad, como macho que domina y defiende belicosamente a su grupo amplio de hembras. Según un pensamiento mágico ancestral, «de lo que se come se cría», el comedor adquiere características de lo comido. Así su ingestión refuerza mágicamente la virilidad.

Pero la cristianización transformaría se significado. El gallo es ahora un ser lujurioso y lascivo (Biederman, 1993, pág. 206) y su muerte la represión del apetito carnal en la cuaresma que comienza (Caro Baroja, 1992, 1, págs. 106 y 107).

Vaquilla, huevos, carne de cerdo son también simbolizaciones ancestrales de la fertilidad de la naturaleza que celebra el carnaval. El cerdo es, en una de sus interpretaciones, símbolo de riqueza y prosperidad agropecuaria que, curiosamente, se mantiene en algo de tan amplia difusión aún como las luchas de cerdito donde los niños guardan su riqueza monetaria. El huevo es germen de vida y, por consiguiente, símbolo muy difundido que antiguamente desempeñaba un papel en los cultos de fecundidad. Y la vaca fue símbolo de la misma Madre Tierra en la que reside la fertilidad. (Biederman, 1993, y Becker, 1996). También los ritos en torno a estos elementos cambiarían de significado con el cristianismo, y así la ingestión ritual del cerdo será preparación para el ayuno y abstinencia cuaresmales y, en tiempos más recientes, su consumo público evitaba sospechas de criptojudasismo.

Pero las motivaciones ancestrales dejaron de ser conscientes hace muchos siglos y en tiempos recientes se mantenían no por magia, ni incluso representación religiosa, sino por costumbre o diversión, y como ritos iniciáticos que si mantenían su vigencia.

Estos elementos de carnaval y San Juan se documentan en muchos sitios (Caro Baroja, 1992, 1 y 2, cap. 22), pero la participación nos aparece siempre más abierta en otros lugares. Aquí el grupo dio un protagonismo inusitado a sus mozos en tránsito, complejizando sus rituales, y los convirtió en los grandes protagonistas de parte importante del ciclo festivo anual. Parece que se trata de un fenómeno bastante reciente, de principios de siglo; la supervivencia en los 50 de corridas paralelas menos ritualizadas, o el testimonio de cómo en los años 20 se complejizó el ritual de correr gallos y se regularizó en torno a los quintos la cena de chorizos y huevos, apuntan a que en esos momentos se institucionalizaban en torno a ellos estas fiestas.

En esos años hay cambios económicos y socio-políticos que se podrían poner en relación. La forma tradicional de explotación se había extendido por todo el espacio disponible hasta las primeras décadas del XX, en que llegó a sus máximas posibilidades de crecimiento. Desde entonces la presión demográfica y la apertura al exterior afectan negativamente a ese sistema, que comienza a entrar en crisis. El retraso generalizado del país y las circunstancias de la Guerra Civil y la posguerra hicieron que se pudiera mantener todavía esa situación crítica latente hasta finales de los 50 (Troitiño, 1976), justamente el período en que tiene plena vigencia todo el complejo de fiestas como lo venimos describiendo.

Ser quinto hasta mediados del XX no era fácil, y las glebas generalizadas hacían que los pobres no se escaparan del largo servicio militar, como podían, pagando, los ricos. Viajar era poco habitual, y la *mili* era un auténtico viaje iniciático en el que salían por primera, y quizá única vez, de su entorno próximo. Las guerras coloniales del XIX o la de África (3), las agitaciones políticas del país y después la Guerra Civil lo hicieron realmente difícil.

Esta sociedad desarrolló un mecenazgo cultural solidario con sus miembros jóvenes en un momento en que las circunstancias económicas empiezan a no ir tan bien. Se refuerza su presencia en todo el complejo festivo, que adquirirá otra función: ayudar a cubrir algunas de sus necesidades con la recaudación de fondos y provisiones para que el servicio militar fuera más llevadero. La colaboración funciona como un fondo de solidaridad, un acto que obliga moralmente a todos, pues cuando fueron quintos recibieron ayuda y cuando lo sean sus hijos también la recibirán.

LAS FIESTAS DE QUINTOS ACTUALES

Como en todo el campo español, a finales de los 50 y en los 60, El Arenal se ve inmerso en una crisis socioeconómica que hace inviables sus formas de vida habituales y lleva a gran parte de sus habitantes al éxodo rural, especialmente hacia Francia o Madrid. Los que quedaron trataron de orientar su actividad hacia formas de agricultura frutícola más comerciales —cerezos, castaños...—, difíciles por las viejas estructuras heredadas, a la vez que los pinares han ido ocupando el espacio de los huertos abandonados. Y, como en tantos lugares de las sierras del interior próximas a Madrid, se ha desa-

rollado un turismo que durante las vacaciones y los fines de semana llena el pueblo. La construcción y sector terciario vinculados a este representan desde los años 70 un recurso económico básico para los arenales. (Troitiño, 1976).

Aunque los arenales identifican las fiestas actuales como continuadoras de su tradición, lo cierto es que durante estos 35 años, son muchos y profundos los cambios, relacionados claramente con las nuevas circunstancias económicas, sociales e ideológicas.

Se ha rejuvenecido, por las nuevas legislaciones, la edad de los quintos, hoy 17 años, pero la actitud de estos jóvenes actuales es equiparable en algunos aspectos a la de los veinteañeros de hace treinta o cuarenta años, y comportamientos habituales hoy entre ellos, sus padres no los iniciaron hasta los 20 o 21. Pero hay un desfase que no ocurría antaño, entre la asunción de roles de adulto y la verdadera capacidad económica de comenzar una vida independiente.

La pertenencia a una quinta está cada vez menos ligada al cumplimiento inmediato del servicio militar, por las prórrogas u objeción. Pero, en cualquier caso, todavía las celebraciones de la quinta se desarrollan en el momento previo a un cambio importante en la vida del muchacho, unos porque eligen *ir a la mili* nada más sortear, otros por seguir estudiando enseñanza superior en alguna ciudad, y los que buscan su camino en la emigración porque lo emprenden al poco tiempo.

Un problema es el demográfico. La emigración y el descenso de la natalidad hace a las quintas actuales poco numerosas, y los quintos del año se verían imposibilitados para abordarlas solos. Las soluciones han sido dos, una solicitar la ayuda de amigos de otras quintas, siempre anteriores, y otra la participación de bastantes quintos que no residen en el pueblo pero que son hijos de emigrantes y que pasan allí sus vacaciones. Algunos no reparan en esfuerzos para que estén ahí sus hijos esos días.

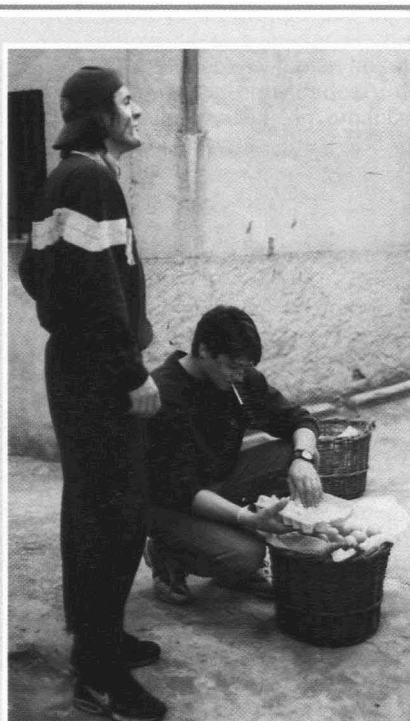
Antes había enorme permisividad del vecindario durante las fiestas, especialmente de carnaval, hacia las bromas y, a veces, desmanes de los quintos, pero el resto del año las cosas volvían a su cauce. Hoy la permisividad hacia los actos de los jóvenes es mayor durante todo el año, pero sus desmanes durante las fiestas son menores. Son mal toleradas cosas como el robo de leña, las batallas de huevos, las pintadas, de modo que su práctica es limitada.

Ya no se realiza el talleo el Domingo Gordo y la ronda y la hoguera y la cena del cabrito se han pasado al Sábado de Semana Santa para favorecer la presencia de gente que vive fuera. La fogata se prepara en unas antiguas eras, para evitar el peligro de incendio, y desde los años 60 no se quema el pino, sino otra leña. Este, que se elige entre los mejores del pinar a veces con mucha antelación, y se subasta durante la cena para aportar beneficios a su fondo.

En las carreras de gallos es donde han sido más visibles los cambios. Su prohibición venía de lejos, en relación con la prohibición de todo tipo de actos carnavalescos que mantuvo el franquismo, y siempre se habían celebrado con cierta vigilancia por si llegaba alguna autoridad. A partir de la despoblación la presión aumenta y se pasó a celebrarlas en las afueras, donde parecían menos evidentes, aunque cualquiera podía acudir a verlas. La autoridad competente, quizá por no entrar en conflictos con los vecinos actuando contra una costumbre tan arraigada, se mantenía distante pese a ser de conocimiento general su celebración.

Paralelamente a intentos de hacer efectiva la prohibición oficial, se desarrolló desde inicios de los 60 un proceso de degeneración, quizá alimentada por esta, pero que tenía otras causas. Debido a la nueva tecnología agraria las caballerías pierden su función económica, su exhibición deja de ser un símbolo social —sustituidas por otras muestras de la prosperidad como coches o casas de nueva construcción— y su número desciende y la nueva juventud no estaba habituada a la monta. Las carreras de gallos de cuadrillas desaparecieron definitivamente a finales de los 60, y las de los quintos continuaron por su valor ritual, pero se sustituyó el caballo o mula por un burro, más accesible, menos rápido y menos peligroso, que iguala socialmente a todos, desapareciendo el sentido de engalanarlos. Con esto y la torpeza como jinetes de los mozos, las carreras terminaron perdiendo la espectacularidad de otros tiempos, aunque mantuvieron su plena vigencia.

La cena de la morcilla blanca desapareció. Y aunque la cuestación del Miércoles de Ceniza se sigue llamando la *vaquilla*, desde los años 60 ésta ya no se fabrica. En su lugar se lleva un burro con serones, montado por un



Recogida de huevos la tarde de la *vaquilla*.

quinto vestido de mujer, acompañado por la comitiva hace la colecta de huevos y chorizos.

Los «menús» originarios de las cenas se han complementado con otros platos que se repiten en una neotradición ya fraguada: al guiso de gallo precede una sopa de ave con fideos o a los chorizos y huevos una ensaladilla rusa... Y fruta, café y licores añadidos al vino y tabaco de siempre, emulando el ritual de los restaurantes.

Han aparecido celebraciones carnavalescas de tipo «moderno», inspiradas en modelos brasileños e italianos que se introducen en España desde el levantamiento de las prohibiciones del carnaval en los años 70, pero añadido a la celebraciones *antiguas*. El sábado primero de cuaresma, se celebra un carnaval moderno con disfraces en la discoteca.

Las costumbres de la Enramada han ido desapareciendo, manteniéndose sólo la de las pintadas. Estas antes apenas permanecían expuestas porque los escarniados se apresuraba a borrarlas; si no, como la pintura de antaño era más soluble y se la llevaba la lluvia con cierta facilidad o, en todo caso, la costumbre de reencalar las casas tradicionales hacía desaparecer las que pudieran quedar. Las nuevas pinturas resultan difíciles de quitar y los muros de las edificaciones modernas no siempre se encalan, así

que se ha convertido en una práctica mal vista, una forma de ensuciar el pueblo de la que los vecinos se quejan y que el ayuntamiento prohíbe. Por ello la enramada han caído en desuso, las andanzas nocturnas son casi clandestinas y las canciones se callaron para evitar delatar el paso de los pintadores.

La despedida de los quintos y la ayuda ha desaparecido. Su partida se produce de forma desperdigada y las condiciones socioeconómicas hacen que ya no sea necesaria esta forma de solidaridad. Lo que han hecho alguna vez es pagarse una celebración privada si hay dinero sobrante, o también a finales de año reunirse en una cena con los del que empieza para «pasarles el mando», aleccionarlos sobre cómo deben organizarse y cederles lo que quede del fondo. Y últimamente los nuevos quintos comienzan sus actividades antes que su año, recaudando viandas y vendiendo papeletas para una cesta de Navidad que rifan con el sorteo del Niño.

Pero, aunque ha cambiado el papel que juegan los jóvenes en la sociedad y han ido cambiando las formas externas de las fiestas de quintos, lo que no ha cambiado en estas celebraciones es su primitiva función iniciática que aún desempeña con pleno vigor. El paso por el complejo festivo sigue marcando el comienzo de la vida adulta, sigue dando la oportunidad a los adolescentes en tránsito de empezar a organizarse y actuar de forma autónoma y sigue mostrando ante el grupo sus capacidades sociales.

LAS FIESTAS Y EL CAMBIO CULTURAL

En los años 60 sufrieron el impacto de la emigración, dejando incluso de celebrarse unos años. Pero cuando la caída demográfica se estabilizó y los emigrantes comenzaban a volver por vacaciones, resurgieron con renovado vigor, más comunitarias incluso si cabe.

Ya se expuso como el turismo es hoy un motor importante de la economía del pueblo. Pero, aunque no faltan turistas forasteros, casi 40 años después del inicio de las emigraciones, la mayoría de veraneantes son todavía antiguos emigrantes y sus descendientes, que siguen manteniendo los vínculos con su pueblo. Como cuando son quintos, también algunos hijos e hijas de arenales instalados fuera, han venido aquí a casarse con parte de la parafernalia tradicional, eso sí, cambiado la época, que antes era en otoño o in-

vierno, cuando los cultivos se atendían menos, y ahora en período vacacional para favorecer la presencia de los de fuera. Junto con factores sentimentales o lúdicos, el complejo de la identidad colectiva, en el que las tradiciones juegan un papel importante, contribuye a que los arenales de la diáspora vuelvan al pueblo con regularidad.

En los últimos años han surgido entorno a las fiestas conflictos, cuya futura resolución quizá provoque nuevos cambios. Uno es el relacionado con la presencia de mujeres en las celebraciones. Hoy que el papel femenino toma más importancia, para algunas arenales su apartamiento de estas fiestas resulta un anacronismo. La manifestación de esta contradicción se plasma en varios aspectos. Se va configurando un grupo de *quintas*, las del mismo año que los quintos, que no tiene funciones pero existe al menos en la expresión habitual; intervienen exclusivamente en la cena del martes de carnaval. En aquellas que son sólo para hombres aún se veda su entrada, pero he sido testigo de como alguna mujer ha tratado de ir y, al ser echada, se han provocado discusiones acusando a los hombres de machistas. Y últimamente paralela a la cena masculina el día de la hoguera, algunas organizan una cena alternativa que, como nos decía un informante, «no es tradicional, pero quizá dentro de cincuenta años lo sea».

Otro es el derivado de las corridas de gallos. Ya internamente surgía la crítica hacia una costumbre para la sensibilidad actual salvaje, pero a principios de los noventa, ecologistas foráneos presionaron ante las autoridades provinciales para hacer cumplir la legislación prohibiéndolas. He presenciado la llegada de forasteros con cámaras, tratando de obtener pruebas con las que interponer denuncias. Hubo un intento de solución por parte de algunos arenales proponiendo correrlos ya muertos, como se ha hecho en lugares como el pueblo vizcaíno de Lequeitio, donde sus fiestas con gansos son incluso motivo de interés turístico. Consultado el Gobierno Civil, prohibió incluso esto, en mi opinión fuera de derecho puesto que una vez muertos no se puede aplicar las leyes contra el maltrato; sería como denunciar el maltrato de filetes o jamones. El resultado es que los gallos dejaron de correrse en el 93 creándose un fuerte resentimiento hacia los políticos, «que prohíben nuestras fiestas porque no mueven muchos millones como otras», y un rechazo bastante contraproducente hacia el ecologismo, porque «va contra nuestras tradiciones».

El conflicto sigue latente pues siguen abiertos los pleitos, y parece que no se ha descartado la posibilidad de volver a correrlos, eso sí, matados previamente y certificada su muerte. Porque, al fin y al cabo los gallos aún mueren cada año para comerlos.

NOTAS

(1) Sobre la música de estas rondas ver el artículo de Araceli Yustas que sigue al presente en esta revista.

(2) Ver también el artículo siguiente.

(3) Guerra que aún recuerdan los quintos actuales en sus rondas (véanse en el artículo siguiente) y de la que algunos se pretendían librar con el recurso mágico del hueso.

BIBLIOGRAFÍA

- Becker, Udo: *Enciclopedia de los símbolos*. Robin Books. Barcelona, 1996.
- Biedermann, Hans: *Diccionario de símbolos*. Paidós, Barcelona, 1993.
- Caro Baroja, Julio: *El carnaval (análisis histórico-cultural)*. Círculo de Lectores. Madrid, 1992, (1).
- Caro Baroja, Julio: *La estación del amor (fiestas populares de mayo a San Juan)*. Círculo de Lectores. Madrid, 1992 (2).
- Castañar, Fulgencio: *Conozca el Valle del Tiétar*. Ediciones La Vera. Jaraiz de la Vera, 1995.
- Infante, Violeta: «El Arenal: ciclo vital humano», en *Narría*, n.º 33; *Provincia de Ávila*. Museo de Artes y Tradiciones Populares de la Universidad Autónoma. Madrid, 1984, pp. 12-15.
- Padilla Montoya, Carmen: «Elementos carnavalescos en la zona sur de Ávila», en *Narría*, n.º 33; *Provincia de Ávila*. Museo de Artes y Tradiciones Populares de la Universidad Autónoma. Madrid, 1984, pp. 34-36.
- Troitiño Vinuesa, Miguel Ángel: *El Arenal: Contribución al estudio geográfico de la vertiente meridional de Gredos*. Obra Social y Cultural de la Caja de Ahorros y Préstamos de Ávila. Ávila, 1976.
- Temprano Peñín, María Soledad: *Fiestas de gallos y cintas en Castilla y León*. Etnografía en Castilla y León, Colección de Microfichas. Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura. Madrid, 1996. (Son tres trabajos editados en microfichas: 1) «Las fiestas de gallos en Castilla y León», 2) «Estudio etnográfico de las fiestas y gallos y cintas en Castilla y León», 3) «Tradiciones en torno al gallo y otros animales en Castilla y León. Rituales sangrientos y juegos sustitutorios». Hay un ejemplar en la Biblioteca del Instituto de Filología del C.S.I.C., registro 0567792 y signatura actual Tra. CCC/2803).
- Vadillo Dosio, Ana María (coordinadora): *Recuerdos de nuestra vida*. Consejo Social Rural de la Zona de Arenas de San Pedro. Arenas de San Pedro, 1997.